

# Tránsito adolescente: de la filiación a la hiperconexión<sup>1</sup>

**Resumen:** La adolescencia es un periodo de transformación complejo que conlleva diversos procesos tanto para los jóvenes, como para sus padres y la sociedad. Actualmente, nos encontramos inmersos en cambios culturales con la tecnología, que nos ha llevado a repensar la adolescencia en su devenir y en el proceso clínico que en tanto analistas - terapeutas, se nos presenta día a día.

**Palabras clave:** Adolescencia - Transformación - Cultura - Virtual - Digital.

Cecilia Artigas y Gonzalo Donoso

*Gradiva* - Vol. XV - n. 1 - 2026 - pp. 48-59

## Tránsito de las adolescencias contemporánea.

La adolescencia constituye un período complejo, tanto para quien la transita como para quienes forman parte de su entorno. Se trata de un proceso caracterizado por profundas transformaciones psíquicas, corporales y sociales, en el que emergen nuevos desafíos, se establecen formas inéditas de vinculación y se inaugura un modo diferente de habitar el espacio social y cultural.

Françoise Dolto define la adolescencia como «una fase de mutación de la cual el adolescente nada puede decir» (2004, p. 17). Esta mutación supone un doble movimiento de encuentro y confrontación, marcado tanto por las transformaciones del cuerpo —que deja de ser el cuerpo infantil— como por la reorganización de los vínculos familiares y sociales. Los padres pierden progresivamente su lugar de idealización, mientras los semejantes —pares y otros adultos significativos— adquieren una relevancia inédita en la vida psíquica del adolescente.

Rodolfo Urribarri (2016) propone comprender la adolescencia como un proceso de transformación caracterizado por la presencia de «movimientos oscilantes» (p. 44) —concepto desarrollado por Helen Deutsch y Peter Blos— entre tendencias regresivas y progresivas. A través de estas oscilaciones, el adolescente va incorporando y otorgando significado a las nuevas experiencias corporales, identitarias y relacionales, posibilitando la producción de nuevos significantes y, con ello, la creación de nuevos símbolos. Urribarri enfatiza que la adolescencia no debe entenderse sólo como un proceso de duelo, tal como tradicionalmente se ha sostenido. Si bien existen pérdidas que requieren elaboración, el núcleo del proceso radica en la transformación, ya que transformar no equivale a elaborar un duelo. En sus palabras: “Aquel que duela siente que perdió a alguien o algo que identifica claramente, y que pena por no tener, mientras que el joven no conoce el motivo de su penar e ignora las razones de su tristeza” (p. 52). No resulta

---

1 Trabajo aprobado por pares evaluadores doble ciego

extraño escuchar expresiones como: «No sé qué me pasa», «No sé por qué estoy así», «No sé por qué tengo pena» o «Me siento raro». Estas manifestaciones dan cuenta de una experiencia subjetiva que aún no logra ser plenamente simbolizada.

Por su parte, Ricardo Rodulfo (1992) sostiene que la adolescencia constituye un conjunto de trabajos simbólicos que el sujeto debe realizar, ya que “no basta con tener la edad para que esto ocurra” (p. 154). Estos trabajos implican una intensa exigencia psíquica en la que el propio adolescente ocupa un lugar protagónico. Entre ellos destacan el pasaje de lo familiar a lo extrafamiliar, la transición del yo ideal al ideal del yo, el pasaje de lo fálico a lo genital, la repetición transformada de los tiempos del narcisismo y el tránsito del jugar al trabajar, entre otros.

Entre estos procesos adquiere especial relevancia el tránsito de lo familiar a lo extrafamiliar. Por primera vez, los semejantes pasan a ocupar un lugar privilegiado en la organización de la vida psíquica, o al menos se espera que ello ocurra. Resulta sugerente recordar que la Real Academia Española define el prefijo *trans* como «al otro lado de», significado que permite destacar la adolescencia como un verdadero tránsito hacia nuevas formas de relación con los otros y con el mundo. En esta línea, Rodulfo (1992) atribuye una importancia central a la «función del amigo»<sup>2</sup>, en la medida en que posibilita que el espacio extrafamiliar adquiera consistencia subjetiva y favorece el desplazamiento progresivo del adolescente hacia el mundo social.

De este modo, se espera que el espacio social funcione como un espacio transicional que permita al adolescente desplazarse progresivamente hacia el mundo extrafamiliar, favoreciendo nuevos intercambios y sosteniendo los procesos de simbolización propios de esta etapa. En este sentido, la «función del amigo» resulta esencial para la salida del Edipo, ya que posibilita la apertura hacia nuevos vínculos y la ampliación del universo relacional.

No obstante, cuando este tránsito se ve obstaculizado, los trabajos psíquicos propios de la adolescencia pueden verse comprometidos. Las dificultades para la salida del Edipo, el encuentro con los otros, la circulación en el espacio social o el sentimiento persistente de no pertenecer son algunas de sus posibles manifestaciones. En estos casos, el espacio social pierde su capacidad de sostén y deja de ofrecer las condiciones necesarias para acompañar el proceso adolescente, incrementando el sufrimiento psíquico. De allí la importancia de reconocer, como sociedad, el papel fundamental que cumplen los distintos espacios de pertenencia en este momento del desarrollo.

Estas ideas encuentran resonancia en los planteamientos de Donald Winnicott (1968) quien describe la adolescencia como un tránsito desde la dependencia infantil hacia una independencia relativa. En ella los jóvenes suelen mostrarse torpes, ambiguos, confusos e incluso erráticos, expresión esperable de un proceso de reorganización subjetiva. Desde esta perspectiva, la adolescencia remite fundamentalmente al acto de crecer y no únicamente al padecimiento o al duelo, en consonancia con lo planteado por Uribarri. Crecer supone apropiarse de las transformaciones corporales, psíquicas y sociales que inaugura la pubertad, proceso que requiere de un ambiente facilitador

---

2 Función del amigo: se opone a la del extraño, que irrumpía causando angustia en lo familia (bebé). Aquí el amigo se puede pensar como una transformación importante del objeto transicional. (Rodulfo, p. 158)

capaz de sostener, contener y acompañar la realización de los trabajos simbólicos descritos por Rodolfo. En consecuencia, la adolescencia trasciende el mero crecimiento biológico para constituirse como un complejo proceso de construcción subjetiva.

Para Winnicott (2004), la inmadurez constituye una condición propia y saludable de este período del desarrollo. Su única «cura» es el transcurso del tiempo, razón por la cual resulta indispensable que los adultos puedan sostener ese proceso sin precipitarlo. Ello implica oponerse, en determinadas ocasiones, a ciertas demandas del adolescente mediante límites claros, consistentes y no punitivos, que funcionen como referencias simbólicas capaces de otorgarle seguridad. Esta oposición no busca restringir el desarrollo, sino ofrecer un marco desde el cual el adolescente pueda diferenciarse progresivamente de los otros y construir su propia singularidad. Como señala Winnicott, «oponerse es contener sin represalia, sin espíritu de venganza, pero con fuerza» (2004, p. 192). Del mismo modo, afirma que «la oposición debe ser personal» (p. 192), destacando que toda intervención requiere considerar la singularidad de cada adolescente.

Desde esta perspectiva, la oposición constituye también una forma de acompañamiento. Lejos de representar un obstáculo, ofrece un espacio de encuentro, confianza y sostén que permite al adolescente organizar su experiencia y recurrir a los otros cuando lo necesita. Acompañar supone transitar junto a él, respetando sus tiempos y evitando tanto la intrusión como el abandono. En determinadas circunstancias, ello implica también la posibilidad de establecer límites. Un adolescente decía reiteradamente: «Estoy nervioso por enfrentarme a la realidad»; «No he hecho travesuras, no hablo mucho». Estas expresiones ilustran cómo el crecimiento implica confrontarse con nuevas exigencias y desafíos, experiencia que puede resultar profundamente angustiante cuando lo que predomina es la soledad.

Lo anterior conduce a reflexionar sobre la responsabilidad que compete a la sociedad, especialmente cuando el adolescente carece de figuras significativas de cuidado o de un ambiente suficientemente facilitador. En tales circunstancias, el entorno social se ve convocado a asumir una función de sostén, ya que, de no hacerlo, podrían producirse fallas ambientales de gran magnitud, en el sentido planteado por Winnicott al referirse a la privación y la deprivación.

En este punto adquiere especial relevancia la noción de contrato narcisista propuesta por Piera Aulagnier (1975), la cual subraya la importancia de que el sujeto encuentre un lugar reconocido dentro del entramado social. Más allá de los contratos narcisistas transmitidos por la pareja parental, el adolescente necesita sentirse incluido, valorado y partícipe del discurso colectivo. Solo desde esa experiencia de pertenencia resulta posible sostener la construcción de un proyecto identificadorio que le permita imaginar e invertir un futuro posible para sí mismo<sup>3</sup>.

En este contexto, resulta fundamental que padres, adultos significativos y analistas logren entrar en contacto con el adolescente, propiciando un espacio de confianza que favorezca la emergencia del sujeto en el dispositivo analítico. Utilizo deliberadamente la expresión *entrar en contacto* porque remite a lo planteado por Gaudillière (2010) al

---

3 De acuerdo con Piera Aulagnier (1975) el proyecto identificadorio corresponde a un proceso de construcción identitaria por parte del adolescente, relacionada con la proyección de un futuro posible que se apoya tanto en una imagen ideal de sí mismo, como en los enunciados ofrecidos por el ambiente.

referirse al trabajo analítico con la locura, cuando afirma que «el loco busca entrar en contacto con Otro, con el psicoanalista». Desde esta perspectiva, entrar en contacto con un adolescente supone interesarse genuinamente por su modo singular de habitar el mundo: comprender su lenguaje, acercarse a sus intereses, conocer sus formas de comunicación, sus juegos y sus pasiones, sin que ese acercamiento se transforme en una intrusión. Se trata de ofrecer una presencia disponible que respete sus tiempos y ritmos, evitando ocupar el lugar del extraño o del intruso y posibilitando, en cambio, la construcción de un verdadero espacio de encuentro.

Esta noción adquiere una relevancia particular en la cultura contemporánea, profundamente atravesada por la virtualidad. Hoy, un simple clic permite acceder de manera inmediata a múltiples espacios de interacción y establecer conexiones simultáneas con otros. En este escenario, tanto la locura como la adolescencia y el mundo digital ponen de manifiesto la existencia de lenguajes específicos que desafían permanentemente nuestras formas de escucha y comprensión clínica. Todos ellos exigen del analista la disposición a aproximarse a modalidades de experiencia que, en un comienzo, pueden resultarle ajenas.

La transformación propia del tránsito adolescente conlleva, asimismo, una profunda *destrucción de las identificaciones*<sup>4</sup>. El adolescente ya no puede sostener plenamente la identidad infantil y debe atravesar un proceso de destrucción creadora que haga posible la emergencia de nuevas configuraciones subjetivas. Organizarse psíquicamente implica crear, historizar y otorgar nuevos sentidos a la propia experiencia. En esta línea, Aulagnier (1975) subraya que el trabajo de historización adquiere una importancia decisiva durante la adolescencia, ya que tanto la historia como la prehistoria del sujeto constituyen referencias indispensables para comprender los conflictos psíquicos que se actualizan en este período.

Otra característica distintiva de la adolescencia es la coexistencia de una marcada fragilidad con una extraordinaria capacidad creadora. En determinados momentos, el adolescente puede mostrarse vulnerable e incluso llegar a derrumbarse cuando no dispone de un ambiente suficientemente continente; en otros, despliega una creatividad y una originalidad capaces de inaugurar nuevas formas de simbolización. Esta tensión entre destructividad y creación constituye uno de los movimientos esenciales del trabajo adolescente y permite comprender que la destructividad no representa únicamente un riesgo, sino también una condición necesaria para la transformación psíquica.

Desde la perspectiva de Winnicott (2004), esta vulnerabilidad se encuentra estrechamente ligada a la inmadurez propia del desarrollo. Aunque durante la latencia ya se han constituido los diques psíquicos —asco, vergüenza y moral—, la intensidad de las transformaciones puberales puede sobrepasar transitoriamente la capacidad de elaboración del sujeto. En estas circunstancias, la agresividad puede dirigirse tanto hacia los otros como hacia sí mismo, especialmente si se considera que el adolescente dispone ahora de un cuerpo físicamente más potente, acompañado de una mayor impulsividad y de sentimientos de omnipotencia. En aquellos jóvenes que llegan a este tránsito con mayores niveles de vulnerabilidad, esta dinámica puede favorecer la aparición de

---

4 Acá la destrucción se plantea en términos winnicottianos como movimiento, vitalidad. Destruir para construir/ crear algo nuevo.

conductas autodestructivas, situando el suicidio como uno de los riesgos clínicos más relevantes de este período.

No resulta casual que, durante las últimas décadas, el suicidio adolescente —especialmente entre los 12 y los 17 años— haya experimentado un aumento significativo a nivel mundial<sup>5</sup>, al mismo tiempo que la sociedad ha sido testigo de una expansión sin precedentes de las tecnologías digitales. Ambos fenómenos expresan profundas transformaciones culturales y plantean una interrogante que merece ser considerada: ¿es posible que, en la acelerada irrupción del mundo digital, los adultos y la sociedad no hayamos logrado acompañar suficientemente a los adolescentes? Quizá la velocidad con que evolucionan las tecnologías y los nuevos lenguajes digitales exceda nuestra propia capacidad de apropiación, produciendo un desfase entre las experiencias subjetivas de las nuevas generaciones y los recursos simbólicos con que los adultos intentamos comprenderlas y sostenerlas.

Los adolescentes pertenecen a la primera generación de verdaderos «nativos digitales». Los adultos, en cambio —quienes estamos llamados a acompañarlos y, en ocasiones, a oponernos a ellos—, hemos debido incorporarnos progresivamente a un universo tecnológico que continúa transformándose a una velocidad que muchas veces supera nuestra capacidad de apropiación. Esta asimetría sitúa a los adolescentes en una posición singular: son ellos quienes, con frecuencia, nos introducen en este nuevo mundo, enseñándonos e interrogándonos respecto de sus códigos, lenguajes y modos de relación.

Aunque este escenario puede resultar inicialmente desconcertante para quienes no crecieron en él, también abre posibilidades inéditas de encuentro, simultaneidad y creatividad. En este sentido, el mundo digital no debe ser concebido únicamente como un espacio de alienación. Si bien puede favorecer formas de aislamiento o dependencia, también habilita nuevos modos de encuentro, de creación y de circulación subjetiva que es necesario comprender antes que rechazar.

Cabe recordar que una de las tareas centrales de la adolescencia consiste en devenir otro de sí mismo. Este proceso enfrenta al sujeto con una experiencia radical de alteridad, para la cual muchas veces aún no dispone de recursos simbólicos suficientes. De manera análoga, el mundo digital también representa un devenir permanente: un espacio en constante transformación que modifica las formas de vincularse, comunicarse y construir identidad. Desde esta perspectiva, resulta fundamental que padres, terapeutas y analistas puedan incorporar este nuevo lenguaje al trabajo con adolescentes. Un rechazo indiscriminado de la virtualidad corre el riesgo de transformarse en una nueva forma de exclusión, aumentando la distancia entre los adultos y los jóvenes.

Esta realidad plantea interrogantes clínicos cada vez más frecuentes: ¿debe permitirse el uso del teléfono celular durante una sesión? ¿Tiene sentido incorporar dispositivos tecnológicos al espacio terapéutico? ¿Es necesario establecer un encuadre específico respecto del uso del celular o conviene dejar que ese aspecto emerja espontáneamente en el proceso analítico? Más que respuestas universales, estas preguntas revelan la

---

5 Fuente: American College Health Association (ACHA). Jornada "Múltiples escenarios en el psicoanálisis de las infancias y las adolescencias" 27-28 de junio de 2025, organizadas por departamento de niñez y adolescencias APdeBA.

necesidad de repensar el dispositivo clínico a la luz de las transformaciones culturales que atraviesan a las adolescencias contemporáneas.

En este punto resulta pertinente recordar a Winnicott (1960), quien sostiene que los adolescentes no desean ser plenamente comprendidos, sino sentirse acompañados. Esta afirmación cobra hoy una vigencia particular. ¿Cómo acompañar un proceso de transformación adolescente cuando nosotros mismos intentamos comprender un universo atravesado por la virtualidad, las redes sociales y, más recientemente, por la irrupción de la inteligencia artificial?

Es precisamente aquí donde el psicoanálisis conserva toda su actualidad. Frente a la aceleración característica de la época, la clínica analítica ofrece un tiempo distinto: un espacio donde la palabra, los silencios, el juego, el pensar en conjunto y la transferencia posibilitan la construcción de nuevos sentidos. Antes que responder de manera inmediata a los síntomas, el trabajo analítico invita a preguntarse por el momento del proceso de simbolización en que se encuentra cada adolescente. Solo desde esa posición resulta posible escuchar el sufrimiento singular sin reducirlo prematuramente a una categoría diagnóstica. Como recuerda Rodulfo, la adolescencia constituye la última gran oportunidad para intervenir antes de que determinadas organizaciones psíquicas adquieran una mayor estabilidad.

### Adolescencias: De la filiación a la hiperconexión.

En esta dirección, la noción de inmadurez propuesta por Winnicott (2004), los trabajos simbólicos desarrollados por Rodulfo (1992) y la concepción de Uribarri (2016) de la adolescencia como un proceso de transformación constituyen referencias fundamentales para pensar las adolescencias contemporáneas. En conjunto, estos aportes permiten comprender la subjetividad adolescente no como una realidad fija o acabada, sino como una construcción en permanente devenir, profundamente atravesada por las condiciones históricas, culturales y sociales de cada época.

Una de las tareas fundamentales de la adolescencia es el distanciamiento respecto de los padres, proceso que conlleva la elaboración de diversos duelos y, al mismo tiempo, la posibilidad de establecer vínculos nuevos. Este movimiento que tiende hacia la independencia implica un cierto exilio del universo familiar, dando paso a una apertura hacia el mundo social, que se ofrece como un territorio inédito por explorar. Así, el adolescente transita una doble experiencia: la pérdida de las referencias infantiles y la búsqueda activa de nuevos modos de estar con otros, en un ambiente que comienza a adquirir un valor fundamental en los procesos de subjetivación adolescentes.

Los modos de ser y estar en el mundo que los adolescentes construyen se encuentran profundamente atravesados por las coordenadas simbólicas y discursivas de la época. Por ello las adolescencias contemporáneas se desarrollan en un contexto social signado por la degradación de la función simbólica y un marcado empuje a un goce inmediato e ilimitado. Esto produce efectos específicos en los vínculos, los ideales y las formas de inscripción del deseo, al tiempo que desafía los modos tradicionales de transmisión y de elaboración psíquica, dando lugar a nuevas formas de subjetivación y malestar.

Entre las marcas de esta época, Lacan sitúa al “discurso capitalista” (1970) como una configuración que emerge de la conjunción entre el desarrollo científico, el vertiginoso avance tecnológico y la lógica del mercado. En este discurso, Lacan plantea que el sujeto rechaza tanto la determinación del Otro como su propia falta estructural. Esta operación implica una anulación de la división subjetiva, dando lugar a la ilusión de una autodeterminación, que prescinde de la validación del Otro. Sin embargo, el riesgo de esto es dejar al sujeto aislado, desorientado, sin una referencia simbólica, que encuentra en la incorporación de objetos de consumo los significantes con los que fabrica su propio lugar en el mundo.

El discurso capitalista borra la dimensión estructurante de la imposibilidad y de la falta, pudiendo llegar a configurar un discurso sin límites, que promueve el exceso como una marca de la época. Para los adolescentes, esto puede significar estar inmerso en un contexto sociopolítico que produce subjetividades agotadas, ansiosas, hiper-exigidas o anestesiadas impulsadas por un imperativo constante de éxito, de rendimiento o de exposición.

En este entramado, el desarrollo tecnológico ocupa un lugar central, al punto de convertirse en uno de sus pilares fundamentales. La ciencia, en su alianza con el mercado, produce objetos que no solo transforman la realidad material, sino también los modos de relación y comunicación entre los sujetos. Un hito clave en esta transformación fue la aparición del primer iPhone en el año 2007, evento que marcó el inicio de una revolución tecnológica que desdibujó progresivamente las fronteras entre el mundo físico y el mundo virtual. Tal como plantea Ubieto (2021), habitamos hoy una realidad “figital”, en la que el mundo físico y lo digital se entrelazan de manera indisoluble, generando nuevas formas de presencia, vínculo y subjetivación.

Antes de su irrupción masiva de los últimos 15 años, la tecnología operaba como un complemento de la presencialidad: la realidad física era el territorio donde la vida se desplegaba, mientras el mundo tecnológico funcionaba como una provincia de esa capital que imponía las leyes de la presencia corporal y del encuentro directo. Sin embargo, en la actualidad, esta distinción se ha desdibujado. Ya no hay dos territorios organizados, ahora habitamos un único espacio donde lo físico y lo virtual se entrelazan de forma permanente. Lo interno y lo externo, lo presente y lo virtual coexisten sin fronteras nítidas. Así, por ejemplo, un adolescente puede estar físicamente en una fiesta con sus amigos, mientras al mismo tiempo sube fotos a Instagram y conversa en tiempo real con otros que no están allí. Esta simultaneidad define una nueva experiencia del tiempo, del cuerpo y del vínculo social.

En este nuevo escenario, las redes sociales se han convertido en el soporte fundamental de esta nueva realidad “figital” (Ubieto, 2021), funcionando como la estructura que posibilita un amplio entramado de conexiones. Sin negar los riesgos a los que un adolescente se expone en esta realidad, Ricardo Rodulfo (2017) plantea que estas nuevas formas de relación traen consigo una serie de beneficios que resume en dos aspectos centrales. En primer lugar, operan como un espejo narcisista y una prolongación del cuerpo, lo cual favorece los procesos de construcción identitaria en la adolescencia. En segundo término, habilitan la emergencia de nuevos escenarios colectivos en los que los vínculos entre jóvenes se reconfiguran y amplían. El acceso a un mundo online puede convertirse para los adolescentes en una red donde comienzan a tejer lazos,

explorar vínculos y desplegar formas de protección mutua, al tiempo que ensayan sus primeras conquistas en el terreno de la alteridad y el deseo. Lejos de constituir fenómenos peligrosos en sí mismos, estas transformaciones deben ser abordadas con una mirada abierta y libre de prejuicios, que permita comprender de qué modo inciden en la subjetividad adolescente en tiempos digitales.

No obstante, estas conexiones no siempre logran constituirse en verdaderos vínculos. En muchos casos, se trata de contactos unilaterales, en los que uno emite un mensaje y el otro responde de manera diferida, sin que medie un verdadero encuentro entre sujetos. Si bien estas interacciones pueden llegar a transformarse en relaciones, no lo garantizan por sí mismas. Para que exista un vínculo en un sentido pleno, se requiere algo más: la presencia de dos cuerpos, comprometidos en un tiempo compartido de intercambio y resonancia. Es esa dimensión del encuentro, sostenida en la simultaneidad y en la presencia, la que permite que el vínculo adquiera potencia subjetiva.

La revolución informática ha transformado profundamente las coordenadas en las que los jóvenes se ubican y construyen su mundo. Ya no se trata únicamente de un espacio destinado al ocio y la entretenición: la realidad virtual se ha convertido en un escenario donde los adolescentes no solo se relacionan, sino también buscan respuestas, exploran su identidad y configuran sus saberes. Este cambio ha producido un desplazamiento del saber, que ya no se localiza prioritariamente en un Otro encarnado —padres, docentes, adultos con fisuras y límites—, sino en un Otro virtual que aparenta tener todas las respuestas y que encuentra en la inteligencia artificial su máximo exponente. Un saber sin falta, disponible de forma inmediata, que redefine la experiencia del aprender y del preguntar, y que interpela profundamente los modos tradicionales de transmisión y de autoridad simbólica.

De este modo, los objetos tecnológicos adquieren un lugar central en la vida de los adolescentes. No se trata solo de medios de entretenición o de comunicación, sino también de dispositivos que responden preguntas incluso antes de que sean formuladas y que amplían las capacidades humanas, transformando incluso la manera de transitar el mundo. En este escenario, los smartphones se destacan como los objetos que mejor se adaptan al cuerpo: portátiles, siempre disponibles, acompaña al sujeto en cada momento y lugar. Por ello, en algunas situaciones pueden llegar a convertirse en verdaderas prótesis, una extensión del cuerpo que aloja lo más íntimo de cada uno —imágenes, conversaciones, recuerdos, secretos—. En este contexto, en ciertas ocasiones privar del móvil a un adolescente no se vive como una simple restricción, sino como una experiencia de pérdida radical, una suerte de mutilación simbólica que pone en juego mucho más que el acceso a una herramienta.

Estos objetos tecnológicos, al ofrecer acceso constante a un mundo virtual que no cesa de generar contenidos personalizados según las características singulares de cada sujeto, pueden producir un verdadero secuestro de la atención. Este mecanismo está en la base del éxito de la industria tecnológica, que encuentra en la captación del deseo y la permanencia en pantalla su lógica principal. Este encierro progresivo, sostenido en un acceso desmedido a la realidad virtual, conduce a muchos adolescentes a transitar hacia un mundo que los captura en redes de conexiones efímeras, fragmentarias, anónimas e inconsistentes. En este contexto, se debilita la posibilidad de construir vínculos sustentados en valores como el respeto, la tolerancia y la responsabilidad por

los propios actos, desplazando formas de relación que implican reconocimiento del otro y compromiso con la diferencia.

El adolescente, al igual que las arañas que tejen su red en busca de sostén, conexión o alimento, también construye sus vínculos a través de las redes sociales y el mundo digital. Sin embargo, en este mismo entramado que le ofrece beneficios y posibilidades, puede quedar atrapado, expuesto a dinámicas que lo sobrepasan y que terminan por hackear su propia constitución subjetiva, afectando la manera en que se percibe a sí mismo y se relaciona con los otros.

En este escenario, el psicoanálisis puede constituir una oportunidad privilegiada para el trabajo con adolescentes, en la medida en que sitúa la palabra y sus efectos en el centro del vínculo con los otros. En la actualidad, las formas de comunicación entre los jóvenes se encuentran crecientemente mediadas por la escritura digital: predominan los mensajes de texto, el intercambio de imágenes, videos, memes y reacciones mediante emojis, mientras que la conversación presencial parece perder protagonismo. Esta modalidad de comunicación podría entenderse como una forma de disminuir el riesgo inherente al acto de hablar, permitiendo controlar con mayor precisión aquello que se desea transmitir y la manera en que será recibido por el otro. La escritura digital ofrece la posibilidad de editar, borrar o reformular un mensaje antes de enviarlo, amortiguando así la inmediatez y el carácter imprevisible de la palabra pronunciada.

Frente a esta realidad, el dispositivo psicoanalítico ofrece un espacio singular donde la palabra puede recuperar su fuerza, su riesgo y su potencial transformador. No resulta casual que una de las primeras denominaciones del método psicoanalítico haya sido *talking cure* (Freud, 1895), expresión que pone de relieve el lugar central que ocupan el diálogo y la conversación en la experiencia analítica. En ese espacio de palabra se hace posible un encuentro con otro que favorece la emergencia de una posición subjetiva propia. Lejos de ofrecer respuestas estandarizadas, el psicoanálisis apuesta por la producción de un decir singular, capaz de abrir la posibilidad de nuevas significaciones y de una elaboración inédita del deseo y de los vínculos.

Desde esta perspectiva, acompañar a un adolescente no consiste únicamente en contener o comprender su sufrimiento, sino también en hacer posible la aparición de aquello que aún no ha encontrado un lugar en su experiencia psíquica. La presencia del analista adquiere valor en la medida en que ofrece las condiciones para alojar un deseo que, aunque arraigado en la historia infantil, comienza durante la adolescencia a orientarse de un modo singular. El trabajo analítico consiste, entonces, en sostener un espacio donde cada adolescente pueda construir su propio recorrido subjetivo, sin imponer trayectorias predeterminadas, favoreciendo la invención de una manera propia de habitar el deseo, los vínculos y el mundo.



**Piera Aulagnier.** (1975). *La violencia de la interpretación: Del pictograma al enunciado*. Amorrotu Editores.

**Francoise Davoine & Jean-Max Gaudillière.** (2010). *El acta de nacimiento de los fantasmas*. Ediciones Fundación Mannoni.

**Francoise Dolto.** (2004). *El concepto de adolescencia: Puntos de referencia, puntos de ruptura*. En *La causa de los adolescentes*. Paidós.

**Sigmund Freud.** (2006). *Estudios sobre la histeria* (J. L. Etcheverry, Trad.). Amorrotu Editores.

**Jacques Lacan.** (1992). *El Seminario, Libro 17: El reverso del psicoanálisis (1969-1970)*. Paidós.

**Ricardo Rodulfo.** (1989). *El niño y el significante: Un estudio sobre las funciones del jugar en la constitución temprana*. Paidós.

**Ricardo Rodulfo.** (1992). *Estudios Clínicos: Del significante al pictograma a través de la práctica psicoanalítica*. Paidós.

**Ricardo Rodulfo.** (2017). *Ensayos sobre el amor en tiempos digitales: Dominios sin dueño*. Paidós.

**José Ramón Ubieta.** (2021). *Del padre al iPad: Familias y redes en la era digital*. Ned Ediciones.

**Rodolfo Uribarri.** (2016). *Sobre adolescencia, duelo y a posteriori*. En *Adolescencia y clínica psicoanalítica*. Fondo de Cultura Económica.

**Donald Winnicott.** (1960). *La adolescencia*. En *La familia y el desarrollo del individuo*. Hormé-Paidós.

**Donald Winnicott.** (1968). *Inmadurez adolescente*. En *El hogar, nuestro punto de partida*. Paidós.